



Lavrin, Asunción. *Las esposas de Cristo. La vida conventual en la Nueva España*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016. 513 pp.

Después de ocho años de haberse publicado por primera vez en inglés, este libro, para beneficio de los lectores de habla hispana, ha sido traducido al español por la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica. A pesar de la distancia en que aparece esta primera edición en español con respecto de su versión en inglés, bien vale la pena dedicar algunas anotaciones sobre esta obra que representa un aporte importante para los estudios de la religión novohispana en general y la espiritualidad femenina conventual en particular.

Tal como lo apunta Lavrin en su introducción, el objetivo de este texto es acercar al lector a la experiencia de la vida cotidiana de los conventos femeninos de las ciudades de México y Puebla de la Nueva España fundados en los siglos XVII y XVIII, con especial atención en el punto de vista de las propias monjas que los habitaron. A partir de los datos obtenidos en una vasta documentación de diversos archivos nacionales e internacionales, la narrativa de la autora franquea los muros del claustro y el dejo de misterio que acarrearán para introducirse en la observancia de la disciplina, las prácticas devocionales e intelectuales, la vivencia de la sexualidad, la dinámica social construida al interior del convento y las relaciones económicas y culturales con el exterior que ocupaban diariamente a las religiosas novohispanas. La organización del texto da cuenta del camino que las monjas habían de transitar: los primeros atisbos de vocación que regularmente se expresaba a temprana edad, su ingreso al convento, el paso por el noviciado, la profesión de los votos monásticos, las asperezas y encantos de la vida de una monja profesada, y la muerte como expresión del paso de éste al mundo otro.

Como parte de las instituciones de la sociedad virreinal que organizaban la vida común, el análisis que la autora hace del convento femenino permite resaltar los aspectos que lo colocan como expresión de la cultura de la época. El inicio de la vida monástica para cualquier mujer que deseaba formar parte del conjunto de las esposas de Cristo, estaba condicionado por aspectos raciales, sociales y económicos. Todas las novicias aceptadas en los conventos, nos dice la autora, tenían que demostrar la pureza de sangre española, haber nacido legítimamente dentro de un matrimonio realizado bajo rito católico, ser vírgenes para el caso de las jóvenes o viudas y célibes para las mayores, contar con al menos 15 años al momento de profesar y entregar una dote al convento que las recibía. Estos aspectos servían como depuradores que aseguraban la exclusión de mujeres indígenas, negras o pobres del séquito de consagradas y convertían a los conventos en lugares privilegiados para mujeres de ascendencia española. En este sentido, no extraña que las distinciones sociales se perpetuaran en los claustros debido a la presencia de sirvientas que realizaban las tareas más pesadas, y así, dejar a las monjas con la disposición suficiente para atender los deberes de su consagración.

Por otro lado y, a mi parecer, con gran acierto, el texto pone atención en uno de los aspectos más importantes de la vida consagrada que, a decir de Lavrin, “no ha sido explorado a fondo en ningún estudio”: el tiempo de noviciado. Momento de paso del mundo secular a la vida religiosa que representó para las monjas aprendizaje de la cultura religiosa conventual y la “construcción de un destino” que diera sentido a su permanencia en el claustro. En este punto de la reflexión, la autora hace mención de la importante influencia de la espiritualidad postridentina, la teología jesuítica y las figuras hagiográficas a imitar más conocidas en ese momento como Teresa de Ávila y Juan de la Cruz. Con estos referentes de la cultura religiosa novohispana, Lavrin ayuda al lector a comprender las prácticas devocionales y ascéticas cotidianas de los conventos femeninos: ayunos, uso de cilicios, flagelaciones, humillaciones y gran estima de la virginidad. La relación entre cuerpo y alma exponen aquí su máxima importancia para la religión católica de la Nueva España. La preocupación por el alma a través de la atención o desprecio del cuerpo es reconstruida por la autora al exponer la atención que ponían las monjas a la salud, la enfermedad, las dietas cotidianas y los peligros de la voluptuosidad del deseo corporal.

A lo largo del texto se percibe la idea de que si bien los contenidos y significados de la vida espiritual descritos arriba son indispensable en toda investigación de vida religiosa novohispana, esto no exenta la reflexión acerca de la mundanidad de “el siglo” en la experiencia de las monjas. Los conventos, aunque aislados físicamente por los muros claustrales, tuvieron una intensa relación con las ciudades en las que se asentaron. Disputas legales por propiedades o rentas sobre éstas, la contabilidad que refleja la preocupación por conseguir el alimento diario y los conflictos con los representantes masculinos de la jerarquía católica también forman parte de los archivos conventuales revisados por la autora. La controversia desatada entre las monjas y algunos obispos en el decenio de 1770 para la implantación de la reforma de la “vida común” es un claro ejemplo del liderazgo femenino en la institución conventual, además de reflejar “una abierta confrontación de género, en tanto que las declaraciones y actitudes de las dos partes acarreaban suposiciones estereotipadas sobre el sexo opuesto”.

La dimensión de género en este episodio de la religiosidad conventual femenina muestra claramente la compleja organización que desarrollaron las monjas de diversos conventos para hacer un frente común de rechazo a lo que consideraban una intrusión masculina en las decisiones cotidianas al interior de sus conventos y un claro peligro de libertad espiritual que atentaba contra el alma de las religiosas. Las dimensiones del conflicto llegaron hasta instancias reales, el 22 de mayo de 1774 el rey declaró que todos los conventos de la Nueva España tenían que acatarse a la reforma; sin embargo, según comenta la autora, para finales de ese siglo la tensión había disminuido y en los archivos se encuentran pocas menciones de obispos queriendo instaurar el nuevo régimen de vida conventual. La actitud renuente de las monjas expresa los desacuerdos de género pero tampoco puede verse como franca resistencia y crítica a la institución, pues en el contexto novohispano, la sumisión de las religiosas a la jerarquía masculina fue de gran importancia para la alcanzar la santidad. La reflexión que resulta para Lavrin es la atención que se tiene que poner en la cierta autonomía que llegaron a gozar los conventos femeninos dentro de estructura religiosa masculina que demuestra una iglesia novohispana con tensiones aun dentro de sus filas de consagrados y de los sujetos menos esperados: las monjas.

En resumen, el texto de Lavrin es un lente con diversos enfoques de análisis que permiten hacer tanto acercamientos a los aspectos más íntimos de la vida conventual femenina novohispana, como alejamientos para poner a los claustros en contexto socioeconómico más general. La lectura de este libro es recomendable para los interesados en la vida consagrada novohispana o la relación entre la cultura religiosa española y su reproducción en la Nueva España o para cualquier interesado por tener un panorama que vaya más allá de los estereotipos pasados y presentes acerca de la vida religiosa femenina católica.

Alejandro Rodríguez López  
Universidad Nacional Autónoma de México (México)  
alrolopez86@hotmail.com